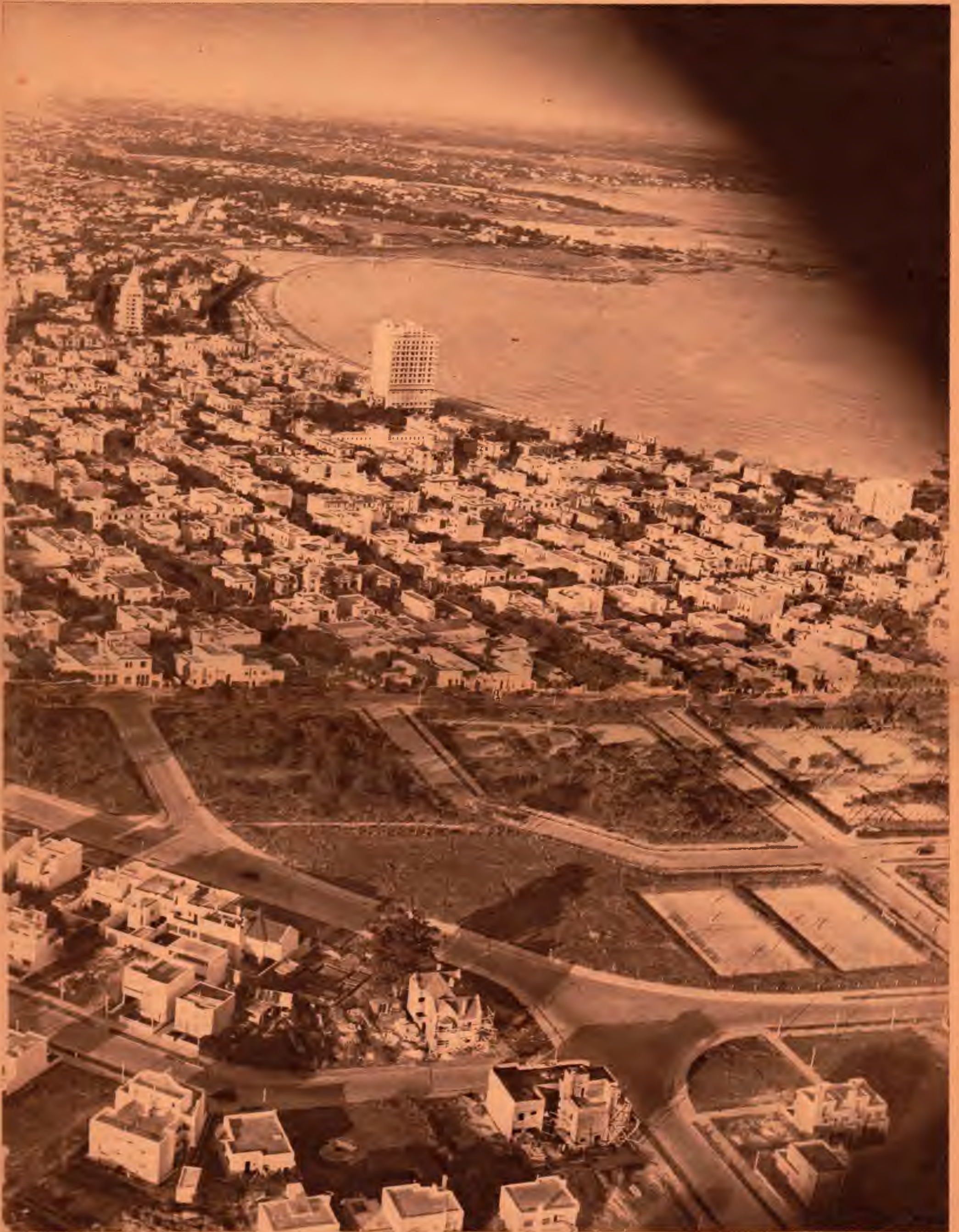


Junta Lucis



VILLA BIARRITZ Y POCITOS.
(Fotografía Juan Caruso).

Es desde el cielo que se distinguen en su belleza panorámica las playas que van ondulando nuestra ribera, todas ellas de una suavidad acariciante, enmarcadas por caseríos que dan mayor relieve a este desmayar del agua sobre la arena con leve espuma.

MEDIAS ELASTICAS

PARA EL TRATAMIENTO DE LAS **VARICES**
Invisibles y livianas, para señora, y extra fuertes para
hombre, en **NYLON**
Fabric. a medida. Se hacen arreglos
PIDA GRATIS sin compromiso, catálogo N° 5
para el tratamiento de las varices

Fabrica: **CIFRO PIEDRAS 605 TEL. 94661**

LA ANEMIA PUEDE ATACAR A CUALQUIER EDAD

● La anemia es una enfermedad muy común y a menudo peligrosa; sin embargo, se descuida con demasiada frecuencia. La anemia perniciosa puede ser fatal. Cualquier tipo de anemia es una señal de alerta: si usted tiene síntomas tales como lengua irritada, cansancio, palidez, manchas azules y negras, hormigueo y adormecimiento de pies y manos, inapetencia, consulte a su médico. Sólo él puede descubrir cualquier deficiencia en su sangre y cómo corregirla.



SQUIBB

PRODUCTOS FARMACEUTICOS
DESDE 1858



Estos instrumentos indican la cantidad de hemoglobina y el número, tamaño y forma de los glóbulos rojos. Así, se ayuda al médico para diagnosticar la anemia.

Autorizado por la C. H. de C. M.



Las aguas salidas de su cauce, sumergen los puentes y embisten las poblaciones. Véase, si no, esta imagen del inundado San Ramón.

EL SANTA LUCIA, UN RIO HUMANIZADO

EL Santa Lucía es un río de tradición familiar para los montevideanos. Su lenta corriente acaricia el flanco occidental del departamento metropolitano antes de rendirse en la salobre etraña del Plata; sus aguas cautivas, como samaritanas técnicas, dan de beber a la población capitalina; de sus antepasados montes venía la leña para la ciudad colonial entre los silbidos del boyero y los pregones de la africana gente.

Y en reciprocidad de estos bienes, los montevideanos acuden los domingos a su barra o al Parador Tajés en busca del latido íntimo y profundo de los paisajes fluviales que no se pueden encontrar en el ruedo marino del estuario ni en la dorada aridez de las playas.

Es justo, por lo tanto, que los habitantes de la gran ciudad conozcamos la vida de un río campesino que nos beneficia y aprendamos así una humilde pero fecunda lección de geografía física y humana.

En las épocas clásicas los ríos eran dioses. De sus senos brotaba la fertilidad de la tierra; por sus espaldas navegaban los barcos cargados de frutos, de flores, de ricas maderas, de perfumes, de piedras preciosas; en sus márgenes prosperaban las ciudades, se erguían los templos y resplandecían los ojos de los enamorados.

Pero los hijos de estos siglos rotos nemos como los antiguos aquella conmovedora reverencia por las corrientes de agua. Nos hemos alejado de la naturaleza. Nos hemos emancipado, o si lo creemos, de su divina férula. Entre la piel agreste del planeta y la nuestra, entre el ritmo cósmico de las estaciones y el ritmo biológico de la vida humana, hemos interpuesto la densa trama de la civilización, la terrible armadura de las máquinas. Por eso nos hemos ido olvidando de los grandes mitos, de las potestades de los bosques y los ríos, de los genios del aire, de los espíritus de la primavera. Y para sustituir esas deliciosas fá-

Lulas hemos fabricado una nueva mitología de monstruos mecánicos que ciegan las fuentes ingenuas de la fantasía, que roban la salud de las almas, que alejan del candor de la *iuventus mundi*.

El Santa Lucía fue descubierto por Solís en 1516 y llamado Río de los Patos. En los primeros años del siglo XVII lo rebautizó el paraguayo Hernandarias con el nombre de Santa Lucía y desde entonces así se le conoce.

Por esos tiempos nuestro río era arisco y salvaje. Los charrúas acampaban en sus márgenes y tronaban los mosquetes del español abriéndoles paso entre las tribus. Sombríos y poderosos bosques lo estrechaban con vegetal denuesto. Ejércitos de garzas acampaban en sus albardones solitarios. Trotaban manadas de carpinchos en los prados ribereños y el lobo lustroso devoraba anguilas bajo rojas lunas emplumadas con nubes de tormenta. Vivía el río su hurrañada edad de espumas, sin platos casi con el hombre blanco, contemplando su vientre de oro en los estiajes y despreciando sus brazos en las crecientes invernales.

Pero no era un río joven. Los ríos jóvenes se disparan como flechas por los valles, ahondar su cauce con vigor adolescente, tienen el impulso musical y la inquietud de las aguas entusiastas.

El río Santa Lucía corrió muchos milenios en telúrico aislamiento artes de que los indios se asomaron a sus orillas o que el conquistador bebiera sediento y herido en sus remansos. Y en esos largos milenios que erosionaron nuestro territorio dándole su fisonomía senil, el río sedimentó su madre; divagó en bucles perezosos sobre el lecho de aluviones; abandonó, como una serpiente que cambia la piel, el álveo de preteridos cauces; construyó las islas hoy llamadas de Collazo, del Peral, de don Felipe, del Francés, de los Caranchos, de los Pescadores, del Tigre; y para entregar su vida al señor platense, fabricó una barra



Quando bordea el cerro Arequita, el Santa Lucía es un aprendiz de río...

Nº 432

**LA PAZ
EXTRA**

**OBRAS
MAESTRAS**

EL DIOS MARTE



Sobre la naturaleza técnica yergue su sistema. Pero ¿durará el puente tanto como el río?

A lo lejos se columbra la inmensidad del estuario, mientras el gran puente une con inmóvil vuelo las dos riberas del río.

culatada, de bajos fondos, de dulces arenales, y allí se echó a dormir con despa-ciada y solariega nostalgia.

Actualmente el Santa Lucía es un río humanizado. Como el hijo del Ganges, aquel héroe legendario que fundara sesenta ciudades, abriera canales y disecara pantanos, su vocación es eminentemente civilizadora. Pero carece de la virtud esencial de "los caminos que andan". El Santa Lucía, como casi todos los ríos criollos, es un camino que tropieza. Los sedimentos que ya no le es posible acarrear con sus vetustas fuerzas y las costillas emergentes del esqueleto arcaico del país, clausuran su curso. Y no puede tener por ello, siquiera en una escala reducida a su tamaño, la importancia capilarizadora de ríos que como el San Francisco brasileño o el Mississippi estadounidense han sido y son verdaderos "pioneros" económicos y culturales.

Pertenece el Santa Lucía al tipo de ríos colonizados y no colonizadores, transversalmente franqueados y no longitudinalmente aprovechados. El hombre lo llena de puentes, lo salpica de ciudades, captura sus aguas y desbrava sus márgenes, pero no lo navega. Lo vence, pero no lo corrobora.

Nace el Santa Lucía en las inmediaciones del cerro Arequita, en una rugosa axila de la Cuchilla Grande. Pronto recibe la contribución solidaria de una cohorte de arroyos serranos, el San Francisco, el Campanero, el Perdido, el Penitente y otros, que lo estimulan a continuar su marcha hacia el Oeste.

—Me faltan casi cuarenta leguas para llegar al Plata, parece exclamar el aprendiz de río al cruzar la mole rotunda del Arequita.

—No importa, le contestan sus hermanos. Toma nuestras aguas y échate a correr carreras con el curso del sol, que cuando él se derrumba en la noche, tú dormirás en los brazos del estuario.

Y animado por estas voces frescas y juveniles, el Santa Lucía principia su marcha. Pero no llegará tan pronto al Plata como el sol a su ocaso. Antes están las aventuras del viaje, las vicisitudes del camino, los tropiezos del relieve, las angustias de la sed, las emboscadas de los hombres. El primer signo de la humanización del Santa Lucía es la búsqueda y aprovechamiento de los pasos. Los pasos son las tranqueras de los ríos. Donde el lecho tropieza con un travesaño geológico o donde la sedimentación es vigorosa, allí acude el hombre de la colonia para abrir picasas en el monte y hollar luego la débil corriente con las enormes ruedas de las carretas o el pataleo de millares de pezuñas vacunas.

Paso de Fray Marcos, Paso de Sinfoniano, Paso de la Calera, Paso de Cuello, Paso de Pache, Paso de Meireles, Paso del Sordo, Paso de Juan Chazo, Paso de los Carros, Paso de Belastiquí, Paso del Bote: los franqueos naturales se suceden desde la frontera de Canelones y Lavalleja hasta así su desembocadura, escribiendo un tangible relato de circulación económica, de transporte comercial y humano.

Pero los pasos suponen caminos, y los caminos suponen poblaciones, y las poblaciones suponen cultivos, y los cultivos suponen labradores.

Ya no se trata entonces solamente de la historia de un río: es la historia de una región, la crónica de los pagos, el latido afectuoso de las querencias lo que advierte al geógrafo el adivinamiento de una reciprocidad singular entre lo inorgánico y lo orgánico, entre el escenario terrestre y la ocupación antropológica, entre los elementos naturales y los esfuerzos conscientes.

Aparecen los pueblos, las villas, las ciudades. Primero es Bolívar, un pueblecillo todavía asido al temblor vegetal de la gleba; luego San Ramón, una ciudad lineal crecida a lo largo de una bella avenida; más adelante, la floridense 25 de Agosto vibra en su rinconada bucólica; después, Santa Lucía, sumergida en sus viejos parques, defiende una tradición de aristocracia finisecular reposando al pie de aromadas lámparas de magnolias, suspendiendo las notas de sus blancas casonas en el pentagrama del río epónimo, escuchando suspirar en el violoncello de las aguas el perpetuo *adagio* de la melancolía.

Contrastando con toda esta quieta poesía provinciana, con todo este deleitoso vivir contemplativo, Aguas Corrientes agraga río abajo su nombre prosaico, su sistema de embalses y tuberías, sus descarnados labios succionantes. Y finalmente, en la desembocadura, Santiago Vázquez sostiene sobre su hombro gentil vestido de rosaledas uno de los extremos del enorme puente de hierro que salta sobre la anchurosa barra. ¿Qué resta ya del Santa Lucía antiguo, colmado de matreros, estremecido por el gris estampido de las bandadas de torcazas, que caminaba entre bosques espinosos y millenarios, que amparaba la siesta universal de los gatos monteses, de los ositos lavaderos, de las nutrias color tabaco, de las gran-

tararitas encalladas en los bajos?

¿Qué de las despobladas llanadas de Ve-jigas, qué de la Rambla de malevos y contrabandistas donde vivía Pancho Chingolo, qué de las guaridas filosas del gaucho Martín Aquino?

Hoy los centros urbanos lo dulcifican, Montevideo le roba sus aguas, diez generaciones de hachas han acabado con sus jerarcas arbóreos, cinco importantes rutas carreteras lo atraviesan y dos líneas férreas lo salvan con airoso vuelo.

Sólo le queda el recurso ancestral de las crecidas para recordarle al hombre que todavía conserva sus vacaciones de rugiente libertad. Advierte los signos de la lluvia en los amarillos relámpagos de julio y en el largo trueno que se arrastra sobre los raleados montes. Se llena de alegría pensando en las noches lóbregas y empapadas, de aguacero incógnito, sacudidas por los rayos.

Y esas noches llegan. Y las suceden mañana mortecinas, ahogadas por los chubascos; tardes macilentas, enfermas de humedad; y otras largas noches de clamorosa, de mojada, de feroz melopea.

Los afluentes crecen, arrancan camalotes, sublevan resacas. Llegan ya las aguas oscuras de los arroyos Ve-jigas, Tala y Canelón Grande; las aguas brías del Casupá del Chamizo, del Santa Lucía Chico; las aguas revueltas del bronco San José.

El río sale de su madre. Galopa campo afuera. Sumerge con cruel sonrisa los puentes carreteros. Invade los sembrados. Hace retroceder a las vacas ateridas, arrastra a los terneros quejumbrosos, espanta a los leñadores, bate los cubiles de la fauna, sobrepasa la altura de la flora.

Como el troyano Escamandro que perseguía al héroe Aquiles, el Santa Lucía, con

hinchada presunción, anuncia a los mortales que sus dioses viven aún, que su imperio natural no ha caducado.

Pero el invierno pasa; las crecientes ceden: las aguas vuelven a su cauce. Comienza entonces la estación de la angustia. El sol resplandece sañudamente en un cielo de cobalto. Canta la cigarra el *lieder* de la sequía, la romanza de la sed. Y al compás de su canto el río se va quedando exhausto, evaporado por la canícula, sorbido por la resquebrajada boca de la tierra. Su corriente se degüella en los pasos. Redondos bancos emergen de su lecho y arden sin fuego bajo brisas de fragua. Descienden sus orillas, las raíces se retuercen en el aire, los bosques quedan suspendidos y el marlin pescador devora los peces que boquean agónicos en el limo de los charcos. Y Montevideo padece también los efectos del estiaje y debe acortar sus raciones de agua, hasta que las primeras lluvias le dan al río enclenque el tónico de su jubiloso gorgoteo.

*

Otra vez está el Santa Lucía en su nivel, acogiendo a sus islas, corriendo sin rumor hacia los juncales de la barra donde el cangrejo celebra sus ritos de canibal.

Otra vez está el hombre en sus márgenes, vistiéndolo con túnicas de cultivos, atravesándolo con máquinas veloces.

Y el río vencido sueña con su ayer salvaje, cuando el monte era espeso, cuando el indio acechaba entre sigilos, cuando el rostro tostado de Hernandarias se reflejaba sobre sus aguas lánguidas y misteriosas.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).
Fotos del autor.



Amaneco en la barra Los yates, en su breve ensenada, todavía duermen.